

# Cuba linda y perdida

Ma Carmen de la Bandera

*Ilustración*

Eduardo Estrada

ANAYA

1.ª edición: febrero 2013

© Del texto: Mª Carmen de la Bandera, 2013  
© De la ilustración: Eduardo Estrada Lorenzo, 2013  
© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2013  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
www.anayainfantilyjuvenil.com  
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño: Gerardo Domínguez

ISBN: 978-84-678-3130-6  
Depósito legal: M-8-2013  
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas  
por la Real Academia Española en la nueva  
*Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

*A mi madre. Gracias por todo.*

«Con los pobres de la tierra  
quiero yo mi suerte echar».

JOSÉ MARTÍ

## Primeros contactos

«Cuba no debe tener dueño». «Cuba debe liberarse de los tiranos». «Cuba para los cubanos». «Fuera los españoles».

Desde que empecé a tomar noción de las cosas, frases como esas y parecidas las he estado oyendo siempre.

Mi padre las comenta con sus amigos Alfonso, Juan y otros, casi todos campesinos que tomaron parte en la guerra de los Diez Años contra el general español Arsenio Martínez Campos. A los cubanos los mandaba Antonio Maceo, un mulato con fama de valiente. «El Titán de Bronce» lo llamaban. Desde muy pequeño me quedaba embobado oyendo las cosas que contaban de él.

Tam está muy orgulloso de su héroe mulato. Dice que eso demuestra lo bravos que son todos los de su raza. Discutimos porque yo le digo que el ser valiente no tiene nada que ver con el color de la piel.

Tam es mi mejor amigo, tiene trece años como yo, su padre llegó a Cuba en uno de esos barcos cargados de esclavos que venían desde África. Cuando Tam nació ya habían conseguido la libertad. Nunca fue esclavo. Muchas veces, en la puerta de su casa, se pone la

familia con otros amigos a cantar y a bailar, siempre tocando el tam-tam. Por eso, aunque su verdadero nombre es Rubén, todos le llamamos Tam.

Mi nombre es Gabriel, pero como soy el pequeño de cuatro hermanos (tres niñas y yo) me llaman Gabi.

Los dos teníamos ansias de conocer a Antonio Maceo. Nos lo imaginábamos fuerte sobre su caballo atacando con el machete a cualquier soldado español que se le presentara.

Oí comentar a los hombres que aquel año de 1895 iba a ser decisivo para Cuba. Se estaba preparando un nuevo ataque contra el gobierno español. Vi cómo en uno de los trapiches<sup>1</sup> guardaban armas. Se enviaban mensajes secretos unos a otros. Estaba claro que algo se tramaba.

Alfonso y Juan son vecinos y amigos de mi familia desde antes de que yo naciera. Me quieren mucho. Aunque mi padre protesta porque, a veces, me dan tragos de ron aun siendo pequeño.

Mi padre, a pesar de ser campesino, sabe muy bien leer y escribir y le gusta presumir de sus conocimientos delante de sus amigos. Todos lo respetan y lo escuchan.

Yo no entendía muchas cosas pero no perdía un ápice de las conversaciones. Lo que estaba claro es que se estaba preparando otra guerra. Según todos, esta tenía que ser la definitiva. Me entusiasmaba todo aquello

---

<sup>1</sup> Molino para extraer el jugo de la de caña.

aunque en el fondo sentía miedo. Miedo a lo desconocido, miedo a perder a mi familia. Había oído cosas terribles de la guerra y no deseaba que volviesen a ocurrir. Este sentimiento a veces me avergonzaba porque con trece años cumplidos quería pensar y sentir como un hombre. Me encontraba capaz de luchar por mi patria y por mi gente. Con gran desconcierto pasaba del pánico a la ilusión.

Durante el mes de febrero no cesaron las reuniones, a veces en casas y otras en los salones del café. Las mujeres cuchicheaban y los niños jugábamos cada vez más a «españoles y cubanos». Organizábamos guerras de mentirijilla en las que siempre ganaban los nuestros porque, naturalmente, eran los más valientes.

Tam y yo cada vez íbamos menos con la pandilla porque nos gustaba seguir los movimientos de los mayores.

Debido al prestigio de mi padre, me dejaban ir con él. En los últimos días del mes se reunían en un trapi-che viejo que había en las afueras de Palmarito, mi pueblo. Más de una vez oí discutir a mis padres por este asunto. Mi madre decía que con tanto escuchar cosas de guerra y revolución pasaba las noches inquieto, con pesadillas. Decía que había tenido que acudir a mi habitación porque yo gritaba cosas de batallas, ataques, emboscadas, prisioneros... A esto respondía mi padre que ya era un hombrecito y que su único hijo debía estar enterado de todo, ya que los muchachos de mi edad

éramos los que tendríamos que construir una Cuba más justa y libre de toda tiranía. Cuando oía eso me sentía orgulloso y se me quitaban todos los miedos. Siempre tuve muy claro que tenía que luchar por mi país. No sé si fue por el comentario de mi madre o porque mi padre lo decidió sin más, el caso fue que ya no me dejaba que lo acompañase. De todas formas estaba mucho más enterado que mi amigo.

—¿Sabes una cosa? —le comenté a Tam con ánimo de que me guardara el secreto—. La guerra que se prepara va a empezar muy pronto.

—Eso ya lo sé.

—Y los yanquis nos quieren ayudar a combatir contra los españoles.

—¡Eso es estupendo!

—No, no es bueno.

—No lo entiendo. Me has contado que la otra guerra la perdieron los cubanos, aun siendo más valientes, porque los españoles tenían mayor ejército y más organizado. Los yanquis son los más ricos del mundo, tienen un buen ejército, si ayudan a los cubanos se me rendarán a los españoles.

—Eso parece lo normal, pero mi padre ha leído un libro, *Nuestra América*, de José Martí, ¿sabes quién es?

—No.

—Pareces tonto, no sabes nada.

—Oye, oye, si te las vas a dar de listillo lo dejamos.





—Bueno, hombre, no te enfades. José Martí es un escritor que en sus libros dice que los cubanos deben luchar por su libertad y para hacer una Cuba más justa. Y que no debemos dejarnos engañar por EEUU. Porque si nos ayudan los yanquis, cuando se marchen los españoles, querrán quedarse a mangonear.

—¡Qué listos los yanquis! Y ese José Martí ¿vive en Cuba?

—Ahora está en Santo Domingo, pero seguro que vuelve. Tiene que tener mucho cuidado porque los españoles le echarían el guante y son capaces de matarlo. Con él está Máximo Gómez, un militar muy valiente que ya destacó en la otra guerra. ¿Sabes cómo le llaman?

—No, cómo lo voy a saber.

—El Chino.

—¿Es chino?

—No, pero tiene los ojos rasgados, como los chinos.

—¿Y qué han dicho de Antonio Maceo?

—Está en Costa Rica pero dicen que volverá.

—¡Bravo! Seguro que todos los negros lo seguirán. ¡Qué suerte tienes! Poder estar informado de todo.

—Ya se me acabó el chollo, a mi madre no le parecía bien que acompañase a mi padre y creo que por eso me lo han prohibido. Tu padre también está en las reuniones.

—Sí, pero en casa no cuenta nada, solo dice que los españoles siguen explotando a todos los negros casi,

casi, como cuando eran esclavos, y que por eso está tan comprometido con esta guerra.

Alfonso, el amigo de mi padre, tenía una pequeña plantación de caña de azúcar y enfrente un trapiche más grande que el viejo donde guardaban las armas. Por las tardes nos gustaba ir y con nuestro pequeño machete cortábamos alguna caña para chuparla, salía un jugo azucarado delicioso. Aquella tarde vimos como muchos de los campesinos se dirigían al trapiche. Estaba claro que la reunión era importante porque lo habitual era que, después del trabajo se marcharan a casa y luego a la taberna. Tam y yo, con mucho sigilo, buscamos un escondite para, sin ser vistos, enterarnos de lo que tramaban. Era una rendija que nos permitía ver algo de lo de dentro pero no oíamos absolutamente nada. Desde luego todos estaban muy alterados.

Al día siguiente decidimos colarnos antes de que llegaran y buscar el escondite una vez dentro. No pudo ser. Expectantes, nos quedamos camuflados entre las cañas. En Palmarito nos conocíamos todos y sabíamos que había espías, soplones que pagaban los españoles para que los tuviesen informados de todo lo que se fraguaba. Ya sabemos que los espías son difíciles de descubrir pero había oído a mi padre recelar de un tal Curro, gordinflón que se pavoneaba de tomar el mejor ron que se hacía en la isla. El jornal de campesino no daba para tanto ¿de dónde salían muchos lujos de los que

disfrutaban en su casa? Es verdad que tenía una pequeña plantación de caña pero ni aún así. Cuando se hizo de noche lo vimos salir del cañaveral y con mucho sigilo, acercarse al trapiche. Sin pensarlo, corrí: «padre», grité con fuerza desde una de las ventanas. ¡Menudo revuelo! Salió mi padre con un genio de mil demonios. Cuando estuvo junto a mí, le advertí de la presencia del traidor. Mi padre, para despistar, me gritó: «dile a tu madre que no tardaré». La reunión continuó pero, me imagino, que con cautela para que el espía no obtuviera información.

Al día siguiente volvió a repetirse la asamblea. Yo me había introducido en la sala donde estaban reunidos por si había algún escondite para Tam y para mí. El único sitio posible era en unas cubas, llenas de melaza, el jugo de la caña del que salía el azúcar, que estaban camufladas detrás de aperos de labranza. El plan consistía en que antes de que nadie llegase, nos coláramos por las rendijas de una ventana. Acordamos que primero sería Tam porque era más delgado que yo. Una vez dentro, intentaría ampliar la rendija con alguna herramienta que encontrase. Dicho y hecho, bueno, hecho a medias porque el problema surgió cuando metió la cabeza y ni para detrás ni para adelante. Pataleaba, chillaba como un loco. «¡Cállate que nos van a oír!» —dije conteniendo la risa—. «Buscaré alguna forma de sacarte». El tiempo apremiaba porque pronto llegarían los hombres, si esto ocurría, está-

bamos perdidos. Con una piedra rompí un trozo de madera para ampliar el agujero. Por fin pudo entrar y yo detrás de él. El sitio elegido era perfecto, nadie nos descubriría y después de la asamblea, saldríamos por el mismo hueco.

Pronto empezaron a entrar los hombres hasta que el trapiche estuvo a rebosar. Comenzó mi padre dando la información recibida de otras provincias. Todos querían dar su opinión y era difícil llegar a ningún acuerdo. Se levantó Alfonso e intentó poner orden. Se hizo un silencio y entonces ocurrió lo peor, algo que nosotros no habíamos previsto: cedió la tapa de la cuba donde Tam estaba encaramado y cayó dentro del líquido azucarado. El estruendo que se produjo junto con el grito de mi amigo, alertó a todos que, lógicamente, descubrieron nuestro escondite. Daba risa ver al pobre Tam empapado y llorando del susto. Nuestros padres vinieron hacia nosotros con cara de pocos amigos. Los compañeros evitaron que nos llevásemos una tunda de bofetadas. Tam se quitó la ropa, lo secaron y envuelto en un saco corrimos hacia nuestras casas como alma que lleva el diablo. La sorpresa que se llevaron ambas madres, sobre todo la de mi amigo, fue morrocotuda.

Cuando regresó mi padre casi se le había pasado el enfado, yo me justifiqué diciendo que como segundo hombre de la casa tenía derecho a saber cómo estaban las cosas. De momento no respondió a mis razones y

me pareció que no le habían disgustado. Antes de irse a la cama me cogió de un hombro y mirándome a la cara me dijo: «Tienes razón, a partir de mañana, intentaré convencer a tu madre para que vengas a las reuniones».